REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVIII | San José, Costa Rica **1934** Sábado 6 de Enero | Núm. 1

Año XV. No. 665

SUMARIO

Raza y cultura

Palabras pronunciadas por el Dr. Pedro Henríquez Ureña, en nombre de la Universidad Nacional de La Plata, en la festividad del Día de la Raza, el 11 de octubre de 1933.

= *Colaboración* =

Generosa inspiración la que ha creado esta festividad del Día de la Raza, donde confirmamos, año tras año, la fe en los grandes destinos de los pueblos que forman la comunidad hispánica. Y no menos feliz inspiración la que dedica en homenaje a España este Día de la Raza en la Universidad de La Plata, en cuyo nombre debo hablar, gracias a honradora designación que debo a su distinguido presidente; en homenaje a España, la más antigua de las naciones y la más joven de las Repúblcas que forman nuestra comunidad espiritual.

No son inútiles estos actos, que el escepticismo tacha de infecundos. El mundo marcha más despacio que el pensamiento generoso. La palabra que difunde pensamientos de futuro, la palabra profética que quiere trasmitir su velocidad a los hechos, comienza como voz clamante en el desierto; pero al fin penetra en las ciudades, y entonces, si la profecía no se cumple de inmediato, los oídos desatentos la confunden con los gritos de la feria. Doble esfuerzo, así, el de convencer, junto a los incrédulos, a los creyentes de ayer que se sienten defraudados. Pero la palabra debe seguir abriendo surcos, sembrando esperanzas: la simiente germinará, en momento inesperado tal vez.

En pocos años, donde dominaba la indiferencia, la limitación local de toda visión de los problemas humanos, ha crecido y se ha desarrollado la conciencia de nuestra comunidad espiritual, de la unidad esencial de los pueblos hispánicos, la conciencia de "la raza", denominada así, no ciertamente con exactitud científica, pero sí con impulso de simplificación expresiva.

Desde el punto de vista de la ciencia antropológica, bien lejos está de constituir una raza la multicolor muchedumbre de pueblos que hablan nuestra lengua en el mundo, desde los Pirineos hasta los Andes y desde las Baleares y las Canarias hasta las Antillas y hasta las Filipinas. Junto a las gentes del viejo solar ibérico, donde se superponen culturas milenarias, desde las más antiguas del Mediterráneo, ligadas a troncos raciales muy diversos, están los pueblos indígenas de las dos Américas, cuya inmensa variedad lingüística desaparece bajo la lenta pero segura presión del español; están los descendientes de los africanos a quienes la codicia de sus robadores trajo a sufrir esclavitud o miseria en tierra para ellos extraña y los descendientes de los europeos a quienes el ansia de libertad o de bienestar trajo en busca de nuevas patrias; hasta el Oriente, cercano o lejano, alberga grupos de habla castellana o envía a las tierras hispánicas sus hombres: a veces, como ocurre con los levantinos, para fundirse rápidamente con nuestras poblaciones.



Pero el vocablo **raza**, a pesar de su flagrante inexactitud, ha adquirido para nosotros valor convencional, que las festividades del 12 de octubre ayudan a cargar de contenidos de sentimiento y emoción. El Día de la Raza bien podría llamarse el Día de la Cultura Hispánica, porque eso es lo que en suma representa; pero sería inútil proponer semejante sustitución, porque el vocablo **cultura**, en el significado que hoy tiene dentro del lenguaje técnico de la sociología y de la historia, no despierta en el oyente la resonancia afectiva que la costumbre da al vocablo **raza**.

Lo que une y unifica a esta raza, no real sino ideal, es la comunidad de cultura, determinada de modo principal por la comunidad de idioma. Cada idioma lleva consigo su repertorio de tradiciones, de creencias, de actitudes ante la vida, que perduran sobreponiéndose a cambios, revoluciones y trastornos. Así, el latín ha sido en Occidente el vehículo principal de la tradición romana: la tradición persiste, a través de todas las evoluciones, dondequiera que persistió el latín. Deshecho el Imperio Romano, su idioma se partió en mil pedazos; pero en las lenguas de cultura que se construyeron sobre las ruinas del latín, dominando a la multitud circundante de dialectos rivales, sobrevive la tradición del Lacio, y esas lenguas la han difundido sobre territorios que Roma no sospechó. Pertenecemos al Imperio Romano, decía Sarmiento hablando de estos pueblos de América; pertenecemos a la Romania, a la familia latina, o, como dice la manoseada y discutida fórmula, a la raza latina: otra imagen de raza, no real sino ideal.

Frente a la tradición romana, aunque educándose parcialmente en ella, se organizó y creció durante la Edad Media la cultura germánica: cuando alcanza su madurez, vemos cómo se contraponen las dos culturas, cómo los pueblos de lenguas germánicas divergen de los pueblos de lenguas románicas en los modos de concebir y practicar la religión, la filosofía, las artes y las letras, el derecho, la vida familiar, la actividad económica, las actividades técnicas. Y, como para ilustrar y aclarar el caso, Inglaterra, pueblo cuya lengua vive del equilibrio variable entre el vocabulario germánico y el vocabulario latino-románico, se sitúa espiritualmente en la frontera entre el Norte y el Sur: hasta su religión oficial, divorciada de Roma, no es sin embargo un protestantismo; es sólo un catolicismo que protesta.

Dentro de la Romania constituímos, los pueblos hispánicos, la más numerosa familia, extendida sobre inmensos territorios, los más vastos que ocupa ninguna lengua, salvo el inglés y el ruso. Y eso nos señala grandes deberes para el porvenir.

Como quiera que se conciba la evolución de la humanidad en el futuro pró-

ximo, es difícil suponer que desaparezca la red de comunicaciones que hoy la enlaza: apoyándose en ellas, la civilización insistirá en su tendencia unificadora, con las ventajas y desventajas de toda unificación. Esfuerzos se harán para mantener vivas las lenguas locales, y con ellas las tradiciones y costumbres que dan sabor a la existencia regional; pero las grandes lenguas de cultura predominarán. El siglo XIX, que con el romanticismo reanimó las lenguas locales en toda Europa y estimuló su florecimiento literario, dando impulso además a los nacionalismos y regionalismos políticos, con el positivismo de la actividad técnica y económica afirmó el predominio de las grandes lenguas centrales. Cien años atrás, en España, como en Francia o en Inglaterra, abundaban los habitantes que desconocían el idioma oficial de la nación; hoy son ya muy raros. Y en América, donde ni siquiera se ha trabajado nunca para asegurar la persistencia de los centenares de lenguas indígenas que todavía existen, el español las suplantará íntegramente antes de mucho, y los lingüistas tienen ya que apresurarse para recoger sus últimos alientos. Además, las grandes lenguas de cultura se extenderán y persistirán, enriqueciendo su vocabulario, pero esforzándose por no sufrir variación sustancial de formas o de normas la difusión de la cultura, las semejanzas en la organización de la vida, las relaciones constantes, actuarán contra las variaciones grandes o frecuentes, que son estorbos para la facilidad y la claridad. El latín clásico duró cinco siglos, desde Lucrecio hasta San Agustín, en singular unidad, que da la impresión de la vida inmarcesible; sólo la ruptura de la comunidad política y la sumersión de la cultura, con la caída del Imperio, pudieron partir en pedazos aquella unidad lingüística. Las modernas lenguas de cultura no corren igual peligro, a menos que sobrevenga el cataclismo de la civilización que oímos predecir a los augures de tragedia.

No cataclismo, pero sí crisis de civilización, crisis transformadora, es probable que padezcamos; acaso la estamos padeciendo ya. Y para afrontar la crisis necesitamos disciplina, la disciplina de la organización eficaz en la vida pública, la disciplina del esfuerzo bien orientado y constante en la vida individual.

Es de uso tachar a España de indisciplina, y de paso a todos los países de América que hablan español; pero Vossler hacía notar, poco tiempo atrás, hablando en esta Universidad, que España ha dado en el siglo XVI el curioso ejemplo de llevar la disciplina militar a las cosas del espíritu, mientras dejaba a la libre iniciativa del individuo el éxito de las campañas militares: Ignacio de Loyola organiza militarmente la disciplina espiritual de la defensa del catolicismo, mientras Hernán Cortés emprende la conquista de México como hazaña personal.

Hoy las cosas son bien distintas: España nos da constantemente ejemplos de esfuerzo disciplinado, particularmente en el orden de la cultura. Pero los conflictos del pasado se explican. La historia de España—y más exactamente, de toda la Península Ibérica—no es semejante a la de ninguna otra nación de Europa; ninguna otra echó sobre sus hombros carga como la que asumió España desde la Edad Media. No es raro que a veces "se rindieran sus fuerzas fatigadas al abrumante peso". Su tarea fué siempre doble: organizarse interiormente mientras rechazaba al invasor; colonizar y cristalizar las Américas mientras defendía la unidad religiosa de Europa.

La larga lucha contra el moro templó al español, dándole gran dominio de sí, exigiéndole también una fe sin vacilaciones. La tolerancia no podía ser flor de tales cultivos: no se puede ser a la par baluarte y jardín. Pero sí germinaron allí la capacidad de sacrificio, la perseverancia, el desdén de las cosas pequeñas, la generosidad, el sentido de los valores humanos puros, desnudos de todo esplendor adventicio. Y en 1492, cuando la lucha termina, y ganada es Granada, cae entre las manos de España un mundo nuevo.

Estamos viviendo todavía las consecuencias del portentoso suceso, el más trascendental de la historia. La consecuencia mayor, aunque tardía, el nuevo aspecto que asumen desde hace cien años las variaciones en el equilibrio del mundo.

Y durante esos cien años se ha discutido sin descanso la obra de España en América. En las campañas de independencia de las naciones hispánicas del Nuevo Mundo se juzgó necesario ennegrecer aquella obra. Después, los libros patrióticos de cada República nueva repitieron mecánicamente la propaganda de las campañas de independencia. Cuando, a fines del siglo XIX, hubiera podido alcanzarse la serenidad de juicio, la última campaña se interpuso, la guerra de Cuba. Pero al comenzar el siglo XX la atmósfera se despejó: no había ya guerras que pelear; podíamos mirar y juzgar con claridad y tranquilidad. Rápidamente va cambiando el juicio. No es sólo que se acepte la excusa que generosamente ofrecía a la "virgen del mundo, América inocente", Quintana, historiador a la vez que poeta: "Crimen fueron del tiempo y no de España". Es que la conquista y la colonización se ven de modo muy diversos: porque la verdad es que España se volcó entera en el Nuevo Mundo, dándole cuanto tenía. No pudo establecer formas libres de gobierno ni organización económica eficaz, porque ella misma las había perdido; pero dictó leyes justas. No estableció la tolerancia religiosa ni la libertad intelectual. que no poseía; pero fundó escuelas, fundó universidades, para difundir la más alta ciencia de que tenía conocimiento. Y sobre todo, su amplio sentido humano la llevó a convivir y a fundirse con las razas vencidas, formando así estas vastas poblaciones mezcladas, que son el escándalo de todos los snobs de la Tierra, de todos los devotos de la falsa ciencia o de la literatura superficial, pero que para el hombre de mirada honda son el ejemplo vivo de cómo puede resolverse pacíficamente, cristianamente, en la realidad, el conflicto de las diferencias de raza y de origen. Durante el siglo XIX se hizo costumbre afirmar la superioridad de otras naciones sobre España y Portugal como colonizadoras. ¡Cómo si hubiera superioridad en trasplantar a suelo extraño las condiciones de la vida europea, pero para disfrutarlas el europeo solo, negándoselas o escatimándoselas a los nativos! El siglo XX nos devuelve a la verdad, que ya conocía Liniers cuando en una de sus proclamas de 1806 exhortaba al pueblo del Buenos Aires colonial a rechazar la invasión, para no convertirse en otro tipo muy inferior de colonia. ¡Liniers debía de conocer muchas que aun hoy confirman su juicio! Y ya en nuestros días, William Henry Hudson,—el gran argentino inglés, nacido a la mitad del camino que va de Buenos Aires a esta ciudad, más joven que él,—al hablar de aquellas invasiones decía que por fortuna fracasaron en ellas sus antepasados,

porque, si hubieran conquistado estas tierras purpúreas, la vida humana habría perdido mucho de su encanto.

No: la más humana de las colonizaciones, y por eso la mejor, ha sido la de España y Portugal; es la única que de modo sincero y leal gana para la civilización europea a los pueblos exóticos. No erró por ventura quien dijo que, mientras el germano teme el contacto con los pueblos de escasa civilización, porque él mismo no se siente muy seguro de la suya, antigua de diez siglos apenas, el latino no ve peligro en el contacto, porque su cultura es inmemorial y sale siempre vencedora en los encuentros.

¡Extraño poder de revivificación el de pueblos como España! Es aquella tierra el más antiguo hogar de culturas en Europa, desde las primitivas que dejaron como testimonio las pinturas rupestres de Altamira y de Pindal hasta las primeras que caben ya en la historia, como la de Tartessos. Y después, la existencia toda de España es, como la del ave fénix, perpetuo arder, consumirse en apariencia y resucitar. Iberos y celtas, fenicios y griegos, romanos y cartagineses: todas las culturas se superponen allí, se entrecruzan, se amoldan al territorio español; sólo la de Roma ejerce influencia indeleble y decisiva, con vigor para vencer después la envolvente de los árabes, en la ocasión única dentro de nuestra era—salvo la excepción insular de Sicilia—en que una porción del Occidente cae bajo el dominio de una cultura oriental. De aquel conflicto sale triunfante en España el espíritu occidental; pero el contacto le deja ventanas abiertas al Oriente como ajimeces desde donde se oyera el grito de la guitarra morisca.

El contacto entre España y América, luego, ha dado gradualmente al espíritu español amplitud y vastedad que van en progreso. Nada más humano que la estrechez, porque tiene origen defensivo: cada tribu primitiva se defiende de las vecinas atribuyéndoles magias diabólicas, dignas de exterminio; cada nación moderna se defiende de las demás atribuyéndoles cualidades inhumanas. Es fácil adquirir la fe en nuestra propia superioridad, porque esa fe es recurso de victoria; es difícil, luego, admitir la igualdad o la equivalencia de las aptitudes que existen, en potencia o en acto, en todos los hombres, en todas las naciones o en todas las razas. A esa amplia visión sólo llegan pocos, los unos, por el camino de la ciencia, los otros, por el camino del amor.

España, que tanto padeció por su antigua intolerancia en el orden del pensamiento, hija de la necesidad defensiva, tuvo en cambio espontánea amplitud humana. Aunque España creó el tipo del hombre señorial, como dice Vossler, y el español más humilde tiene aire de caballero, como dice Bello, nunca se incubó en España ninguna doctrina de superioridad de razas ni de climas, como esas que en nuestra era científica corren, miméticamente disfrazadas de ciencia, como reptiles verdes entre hojas nuevas o insectos pardos entre hojas secas.

La amplitud humana del español necesitaba completarse con la amplitud intelectual para crear la imagen depurada del tipo hispánico. A eso aspiran, desde su nacimiento, las Repúblicas Hispánicas de América. A eso tiende, en el siglo XX, la España nueva.

En toda la época moderna el espíritu de amplitud intelectual tuvo que constituir en España la oposición, latente o despierta: sólo fugazmente alcanza el poder, en los comienzos del reinado del Emperador, o bajo Carlos III en el siglo XVIII, o, más fugitivamente todavía, en 1812, en 1820, en 1873. Pero en 1898 España hace de su derrota una victoria, renace el fénix, y grado a grado surge el espíritu nuevo de una España más pura y más severa. Si a fines del siglo XIX España parecía a muchos, vista desde América, condenada a irremediable decadencia, mientras el avance de las más prósperas Repúblicas cisatlánticas, "joyas humanas del mundo dichoso", como dijo Lugones, las aproximaba a la nueva ventura con cada día dorado, — ahora, desde hace pocos años, la antigua nación, rejuvenecida, entra en la olimpiada junto a las naciones jóvenes, y ¿por qué no confesarlo? en la mayor parte de las carreras se nos adelanta. Este milagro sólo se explica como fruto de disciplina, de largo ejercicio espiritual practicado en silencio. Pero no hemos de sorprendernos si pensamos en tantos silenciosos reformadores que supieron trabajar sin desmayos, esperar y confiar, como aquel santo laico, Francisco Giner de los Ríos, a quien quizás debe la España nueva más que a ningún otro precursor.

España se nos muestra hoy, además, amplia y abierta, más que nunca, para todas las cosas de América. El antiguo recelo ha cedido el lugar a la confianza; la nueva Constitución, al crear la doble nacionalidad, española y americana, aunque desconcierte al antiguo criterio jurídico, place a la buena voluntad.

Sobre la buena voluntad se cimienta la obra de confraternidad hispánica. En esta obra debemos todos unir nuestro esfuerzo, para que la comunidad de los pueblos hispánicos haga, de los vastos territorios que domina, la patria de la justicia universal a que aspira la humanidad.

Pedro Henríquez Ureña

La Plata, Rep. Argentina.

Estampas

Contra un medio que con gemes tiraniza y se impone

= *Colaboración* =

En alguna de nuestras conversaciones epistolares con don Joaquín García Monge le hablábamos del desánimo que produce este medio nuestro aletargado. El que quiera salvarse, nos respondió a vuelta de correo, que viva con el consejo de Gracián: ni descontento, que es poquedad, ni satisfecho, que es necedad.

¿Cuántos quieren ajustar su vida a la filosofía de tal consejo? La pregunta es oportuna al abrirse un nuevo año. Los espíritus batalladores no aparecen. El medio no deja más estatura que la del rebaño. Con gemes tiraniza y se impone. Y lo que se percibe es desolador.

Sin aspavientos debemos reconocerlo y buscar redención. Preparen los que tienen ese menester generaciones dispuestas a no dejarse mutilar por el geme. ¿Qué conciencia tiene un país mutilado? Los listos lo explotan y lo sumen en la tiniebla.

Con esos listos hay que acabar. Mejor es darles el nombre con que los crucificaron desde muy antiguo los vaticinadores de las desgracias de estos pueblos,

Don José Cecilio del Valle, por ejemplo, habla de ellos y los llama pícaros. Grande es el artículo de este centroamericano que condena a la tribu infame. La sintió de cerca y recogió todos sus instintos. Al cumplirse cien años de su muerte harían obra constructiva estos pueblos recordándolo, sacando de páginas intocadas tropeles de enseñanzas. El espíritu crece con la lectura de tanta buena idea. Oigamos al prócer del Valle: "En todas partes hay Gobiernos, leyes, penas, premios, moral, cadalsos, verdugos; y en todas partes hay pícaros siempre en número mayor que el de los hombres de bien. Todos los pícaros deciden el daño de su víctima: esconden su resolución; y maquinan medios para ejecutarla. Pero la especie y cantidad de daño: el modo de ejecutarlo: la voluntad de hacerlo: y los medios de ejecución, los distinguen unos de otros. Los malos gobiernos, las leyes mal calculadas, las falsas religiones, los usos, las costumbres, los idiomas, las opiniones, los empleos, los oficios, el espíritu de corporación, el calor, el frío, la humedad, la sequedad, la atmósfera, el sistema físico de cada país, influye en la producción de tantos bichos. Un Pícaro poderoso calcula daño más grande, y toma menos cuidados para ocultar su voluntad. Un Pícaro pobre es tímido: maquina daño más pequeño, y trabaja para esconder su intención. Si se pensara en la clasificación de Pícaros se sucederían unos a otros los sistemas como se han sucedido en las serpientes y víboras. Uno los clasificaría por las causas que influyen en su producción: otro por la especie y cantidad de daño que hacen; otro por la fisonomía política, literaria, etc. con que se ocultan; otro por la pasión que sirven. Al fin se adoptaría el último por ser más nuevo o por la necesidad de fijarse en alguno. Formada entonces la nomenclatura, se observarían a vista de un Pícaro sus caracteres distintos: se buscaría la clase, orden, género y especie a que correspondiese; y, puesto en la que le toca, se sabrían sus artes, objeto y medios, viendo los de su género. En todos los pueblos del Globo se odia al Pícaro y se ama al justo; y en todas partes se ve triunfante y alegre la Picardía, ajada y triste la virtud. No es contradicción. Sucede lo primero porque el hombre huye de todo lo que le hace daño, y busca lo que le hace bien; y lo segundo, porque la astucia y número crecido de Pícaros aumenta su poder, y la sencillez y número escaso de justos influyen en su debilidad. Pícaros de una especie se multiplican en los puertos, Pícaros de otra se reunen en las cortes, Pícaros de otra abundan en los lugares de colegios y universidades. Es que cada especie sirve una pasión favorita; y las pasiones, recorriendo los grados de latitud, se fijan en aquellos puntos que convienen más a sus intereses. Hay Picarillos en la infancia, en la juventud, en la virilidad y en la vejez. Pero el viejo ha observado sus propias picardías, las del hombre viril, las del joven y las del infante: el hombre viril las suyas, las del joven, y las del infante; el joven las propias y las de la infancia; y el infante sólo las suyas. El viejo es Pícaro más experimentado, y por consiguiente más Pícaro. Esta es la escala en igualdad de casos. Cada especie distinta de Pícaros debe tener fisonomía diversa, porque el hábito de acciones semejantes da igual movimiento a los músculos: pone en situación idéntica las facciones: y llegan éstas a fijarse en la posición que les da el hábito. La hipocresía es pintada en la cara de un Tartufo: la adulación, en el aspecto de un cortesano; y la fiereza en los ojos de un bandolero. El ejercicio es en esta clase maestro como en las demás. Un Pícaro se vuelve más Pícaro, ejercitando la Picardía. Un Pícaro conoce a otro Pícaro al momento, por una palabra, un ademán, una mirada. Un justo tarda mucho en conocerle: no le conoce a veces hasta después de ser inmolado. Los primeros hablan un mismo idioma; y el segundo no entiende el de los Pícaros".

El centroamericano del Valle conoció bien la tribu que describió tan finamente. Salían estos pueblos del coloniaje cuando él ponía sus ojos en los males creados por el Pícaro. No definió al Pícaro de aquellos día de balbuceo de una civilización americana. Su meditación honda abarcó a los Pícaros de todos los tiempos. Hoy son los mismos que del Valle dejó estampados en su artículo de valor perdurable. Hemos sentido que es buena forma de honrarlo en su centenario metiéndonos en las voluminosas páginas que el cariño ordenó con el ánimo de recoger y divulgar su obra. Están llenas de ideas que esperan divulgadores. Los centenarios precipitan sobre los grandes escritores una multitud de divulgadores que se valen de la conferencia o del libro para la obra de redescubrimiento. El de don José Cecilia del Valle está pidiendo trabajadores que hagan de sus ideas estímulo y enseñanza para generaciones nuevas.

Hablamos al comienzo de este comentario de don Joaquín García Monge y ahora lo volvemos a asociar a él recordando que en la lectura fecunda de este grande hombre centroamericano estamos precisamente por el espíritu vigilante de don Joaquín. Lea a don Cecilio, nos dijo, y verá qué enorme reserva constituye. Y con la recomendación nos vino la obra en dos volúmenes. Desde entonces nos empeñamos en desentrañar fortaleza de este centro de energía. Hoy hemos sentido que es bien grande para muchos darles los comentarios que nos parecen más salientes. Ese Pícaro anda por todos lados. Esa Picardía es la misma. Descubramos a la tribu sin piedad. Guía admirable es la dejada por el prócer del Valle.

Juan del Camino

Costa Rica y enero de 1934.

Poemas

= Colaboración =

DECIMA

Por el aire flechas fueron
a clavarse en tu sonrisa
perfumada por la brisa
verde de mi limonero.
Ellas te dirán: "te quiero"
en un frenesí de luna;
te llevarán mi fortuna
que rodaba hacia el abismo
de no topar con el istmo
de tus senos en espuma.

PLATERO SE HA IDO AL MAR

En herradura de plata
ha dejado una dulce huella
en el prado y en la mañana...

Aire limpio. Azules. Calma.
Lloraban los niños de Moguer
y el sol y la llanada...

Banderín mi pañuelo. Y humillada
mi frente:—"Adiós Platero",
le dije con mi voz empañada...

Su lomo de espuma blanca;
plomo marino su vientre;
sal su hocico; coral sus patas...

(Sus orejas: dos velitas
en los lagos de las hadas).

Se pierde. Nubes de laca
bajan al mar. Y se posan
en la luz de mi mirada...

—¡¡Adiós Platero!! ¡Mansa
hormiga entre infinito!
¡Borriquillo de las aguas!

Llévate mi corazón y mi alma.
Para ti siempre. En tu regazo
de pureza y alegría claras...

GIRO

Cansado de hacer prosa
me cobijo en los versos.
¡Este cansancio mío...!
¡Este cansancio viejo!

¿Se apaga tu mirada
en mi frío de adentro?
¿Se cierne tu sonrisa
en mi cribón escéptico?
¿Y tu carne se borra
en la aridez de mi deseo?

¿Sólo vives triunfante
en cristales de versos?
¿Sólo ríes gozosa
en lo inútil del estro?
¿Sólo vibras fecunda
en este papel muerto?

Mentira. Carne y sangre
siempre han sido versos,
y en prosa sólo hay
podridos esqueletos.
¡Esa cosa tan fea y tan
horrible de los huesos!

———

Vienes a mí pujante
caminando entre versos,
como la flor del guindo
que cultivo en mi huerto.

Míos, por siempre míos,
y tuyos, con mi anhelo
de sentirse gozosa
entre sus ritmos bellos.

Míos y tuyos, como un
interminable paralelo
de miradas azules
y glaucos pensamientos.

———

Cansado con mi hastío, de hacer prosa
me refugio en los versos.
Me traen la primavera enloquecida
anidada en tus senos...

Francisco Valdés

Madrid, 1933.

Del desencantamiento

= Colaboración. A bordo, rumbo a Nueva York. =

Acaso, mi querido don Joaquín, sea nuestra patria el único lugar en donde el trabajo y la constancia no llevan a ninguna parte. El **Repertorio**, quince años de divididos en semanas, quince años del mismo empeño, el mismo entusiasmo, la misma honradez y sinceridad para dar una obra completa, no han bastado para darle en su patria, por lo menos, algún bienestar en los pequeños cuidados de que hablaba Rubén.

Comparando su trabajo y su éxito local, se llega a la más completa de las desilusiones. Yo soy testigo del más absoluto de los abandonos, que es probablemente nuestra cualidad característica, el abandono movido por un aislamiento lastimoso.

En ningún círculo, ni en ningún ambiente patrio, se encuentra el más insignificante de los ecos. No hay clases ni estados, lo que hay es solamente recíprocas antipatías.

Algunas veces he hablado con usted del nacimiento de los grandes diarios, cuatro páginas raquíticas, para llegar con la constancia a imprentas propias y auge de toda autoridad; en la patria los esfuerzos mentales solamente tienen principio. A extremo, y lo hemos sentido, que se ve uno expulsado del centro que no vió nacer, para el cual solamente se ha tenido buena voluntad.

Es un contrasentido, su éxito ha estado en el exterior, usted vive del aliento de las gentes de afuera. Y lo que es más curioso, usted ha dado nombre a Costa Rica, y hasta nos hace pasar por un país en el cual existen las inquietudes intelectuales.

Parece que por allí todo está movido por los intereses de la individualidad; en Costa Rica la palabra patriotismo solamente es un pretexto para escudar el mercantilismo propio.

No logro explicarme esa inhospitalidad aún interna. En esa patria de eterna Primavera, el costarricense lleva el amargo drama de su egoísmo.

Max Jménez

Don José del Valle, hombre...

(*Viene de la página 6*)

Patriarca de las letras doctas de América, "pioneer" de doctrinas en marcha, que ha rehabilitado tras las derrotas provisionales que tuvo y que, al cabo del tiempo, se truecan en triunfos. Su discurso vuelve a fascinarnos, por la ponderación de sus líneas, porque lo supo forjar con palabras que caen sobre la ideología como los pliegues de su toga en los grandes momentos en que la América sin acústica no quiso percibirlos. Y no sólo nos fascina, sino que nos conmueve por el acento con que lo dijo, en pausas de meditación melancólica, cuando el numen de América le sostenía el diálogo y la sangre de sus grandes zozobras vibraba, como ahora, henchida de un religioso clamor.

Rafael Heliodoro Valle

México, D. F., 1931.

Carta a Haya de la Torre

= *Envío del autor.* Bogotá, diciembre 17 de 1933. =

Compañero:

No puedo reprimir el deseo de cruzarme con usted unas palabras, precisamente cuando se acerca una hora que resolverá la suerte de nuestras dos Repúblicas. Nuestra vieja amistad ha permanecido inalterable a pesar del conflicto provocado por la toma de Leticia. Pero esta amistad no está hecha a base de mutuas reservas, y por eso quiero confiar a usted mis temores.

Es evidente de toda evidencia que tanto el Perú como Colombia atraviesan ahora la zona de una tregua artificial, mientras se arman hasta los dientes. Nada parece indicar que nos preparemos a un cordial apretón de manos. Estamos en vísperas de un encuentro bélico, y juzgo que el Perú estará tan decidido como Colombia para salir a la defensa de lo que se considera como su honor nacional. Los jóvenes como usted y como yo difícilmente podemos comprender estas cosas. El origen de esta lucha es sencillamente absurdo. Ténganse las ideas que se tuvieren con respecto al tratado que firmaron el señor Salomón y el señor Lozano, el incidente del 1°. de setiembre en Leticia se sale del marco de los procedimientos que puede aceptar el menos exigente de los derechos internacionales. Nosotros pensamos que derrocado el coronel Sánchez Cerro, entraría a orientar al gobierno del Perú un criterio más ponderado y más ecuánime. Y, sin embargo, parece que el general Benavides acepta como un hecho irremediable la pendiente que le preparó su antecesor, y rueda por ella, como quizás nosotros también rodemos, para el encuentro que se juzga inevitable.

¿Pero ve usted, Haya de la Torre, hacia dónde vamos? Es obvio y clarísimo que esta guerra no la ganan ni Colombia, ni el Perú. Nosotros no vamos a ella con arcos y flechas de macana, sino con los créditos que nos abren las grandes naciones para vendernos toda suerte de armamentos. Es muy posible que la victoria, o lo que nosotros llamamos la victoria, se ponga del lado de quien aproveche mejor una amistad extranjera En estos precisos instantes, Colombia y el Perú están luchando por gravarse con una servidumbre que, pasado el conflicto de la guerra fraternal, haga de cada una de las naciones deudoras eso que en la economía moderna se llama un grupo semicolonial. Nosotros podemos tener la más absoluta confianza en la honradez de los actuales gobernantes del Perú y de Colombia. Del lado de acá puedo decirle que el doctor Olaya Herrera es químicamente puro en sus manejos y espero que usted pueda hacerme idéntica afirmación con respecto al general Benavides. Pero usted sabe tanto como yo en qué forma las compañías extranjeras, así sean ellas saxoamericanas, inglesas, o de cualquiera otro cuño imperialista, aprovechan emergencias como la actual para imponer condiciones que se perpetúan en la paz.

Es en la guerra cuando se firman toda suerte de convenios. No hay holgura para pensar, ni libertad para disponer, ni amplitud para discutir. Aquí al amparo de la primera parte del conflicto, por ejemplo, obtuvo concesiones excesivas una compañía de aviación extranjera, en perjuicio de las nacionales. Ahora nuestros amigos, que pueden ser los mismos de ustedes, insinuarán modificaciones en nuestra política económica, y nosotros al negociar con ellos no perderemos el punto de vista de su valiosa ayuda para someter al Perú. Son los arbitrios comunes de tiempo de guerra. Pero podemos estar ciertos de que con ello labraremos la ruina de América. Nuestros pueblos están acostumbrados a mirar las victorias del primer término. Con ellas se satisface la muchedumbre. Pero ahondando en las últimas consecuencias que pudiera traer, por ejemplo, el nuevo encuentro bélico entre Colombia y el Perú—esta vez si en grande y espectacular escala—se ve muy claro que con ese encuentro no haremos sino afirmar el predominio de fuerzas extrañas dentro de nuestros propios países.

Muchas de estas reflexiones, en que todo espíritu sereno incurre en nuestras Repúblicas, aun en momentos de exaltación patriótica, suelen no confiarse al papel para evitar los comentarios desagradables del chauvinismo. Pero yo he querido reflexionar esta vez en voz alta, y aun romper la intimidad en que hemos solido correspondernos, porque deseo que si vamos a la guerra, como me parece que es muy posible que ocurra, lo hagan los pueblos a sabiendas de todo lo que ella puede desencadenar. Yo querría, amigo mío, que usted lo dijera así en el Perú, como yo vengo a decirlo ahora en Colombia. Nosotros, las nuevas generaciones, que vamos a recibir antes de pocos años el tesoro que representan estos pueblos, y que hemos soñado en poderlos unir para que hagan vida propia y alcancen toda su grandeza, estamos obligados a medir mejor que otros el alcance de la guerra. Detrás de un absurdo hemos corrido, y es preciso que se vea hasta qué punto el absurdo manda sobre nuestra voluntad.

Una vez más le manifiesto la inmensa alegría que me produjo el saber que usted había sido puesto fuera de la cárcel. Sus amigos de aquí creo que no los perderá nunca. Quienes anudaron su amistad con ideales que no han desaparecido, no pueden quebrarla ahora sobre el filo de un minuto de engaño. Ojalá que usted y nosotros pudiéramos hacer algo por la paz.

Le estrecha la mano fraternalmente,

Germán Arciniegas



Haya de la Torre

Me induce a escribir estas líneas el deseo de que no se oscurezca el alto pensamiento de Haya de la Torre; como pudiera ocurrir en quienes no estén al tanto de sus doctrinas.

El gran pensador y gran polemista peruano sigue el camino de todos los innovadores. Señala un punto luminoso, pero aún distante, y recomienda ir hacia ese término espléndido, por etapas sucesivas. Ciego será, voluntaria o involuntariamente, quien no vea que nuestra civilización está en crisis. Grave afirmación desde luego, pero ¿quién se siente conforme? ¿quién no advierte que todos los principios de que se nutrió la conciencia del hombre occidental han sido puestos en tela de juicio?

No presumo de señalar derroteros. Señalo un hecho de gravedad suma; y sostengo que la aspiración que nos mueve es la de buscar nuevas vías para realizar más por completo la vida colectiva. Haya de la Torre, y esto es lo que realza su posición de innovador, nos muestra la que debe seguir nuestra América. Que su lección de vidente no se pierda, éste es y debe ser el anhelo de los que la aman.

9 de Setbre., 1932.

(De las últimas cuartillas que dejó escritas el Dr. *Enrique José Varona.*)

Blanco Fombona, Gobernador de Almería

= *Envío del autor.* Asunción, Paraguay. =

Un telegrama publicado en la prensa bonaerense, hace un poco más de un mes, nos anunció que Rufino Blanco-Fombona había sido nombrado gobernador civil de Almería.

La noticia ha sido confirmada.

El ilustre amigo del Paraguay nos pide órdenes desde su alto puesto en la Madre Patria.

Y así se cumple uno de los preceptos más admirables de la Constitución republicana: aquel que establece (art. 24) que los naturales de los países hispánicos de América pueden obtener la ciudadanía española, "sin perder o modificar su ciudadanía de origen", por el solo hecho de residir en la Península.

Nadie con más derecho a confundirse en la libre y democrática ciudadanía de la segunda República que el formidable luchador venezolano que desde hace lustros está incorporado a la vida española. En cierto modo Blanco-Fombona es, también, un prócer de la revolución. Amigo, compañero, camarada de los que dieron en tierra con la caduca monarquía, compartió su suerte, sufrió persecuciones, conoció los rigores de daños materiales y de angustias espirituales, con aquella altivez indeclinable y con aquella valentía sin desmayo que le distinguen. Al igual de los escritores y propagandistas españoles, fué encarcelado y hasta vió secuestrada y quemada toda una edición de uno de sus más briosos libros contra la dictadura de su país. Estuvo en todas las conjuras y hubiera dado su vida por la libertad, si hubiese sido necesario. Cuando muchos espíritus cobardes se entregaban o buscaban el olvido de los mandones en un silencio y retraimiento mujeril, este caballero sin miedo y sin tacha desataba su lengua y caldeaba su pluma, desafiando todos los peligros. Tocónos en suerte observarlo de cerca en aquellos días de prepotencia monárquica, vísperas de una agonía afrentosa. En el Palacio de la Gobernación se agazapaba el verdadero amo, el héroe de las masacres barcelonesas, el de la "ley de fuga", mientras Primo de Rivera, bonachón, generoso y locuaz, aparentaba tener en sus manos la suma del poder público. Pero Blanco-Fombona iba más allá de esta realidad y veía, detrás del temido y temible ministro sanguinario, la escuálida figura del libertino coronado, en el que señalaba todas las características de Fernando VII, atribuyéndole la responsabilidad íntegra de lo que estaba pasando. Y para el hipócrita solapado era siempre su condenación, profetizando su próxima caída Su casa editorial fué eficaz centro de propaganda revolucionaria. Mientras la policía recogía muchos de los libros "peligrosos" que ponía en circulación, de otros no tenía noticias sino cuando habían sido ya totalmente distribuídos en forma anónima. Sus artículos de prensa eran siempre intencionados y algunos desembozadamente subversivos. La mayor parte de ellos salían



R. Blanco Fombona

mutilados, desconocidos, inocuos, de entre los dientes de la censura, y no pocos eran totalmente tachados. Y las amonestaciones le llegaban continuamente, advirtiéndole que se exponía a que le pasara algo desagradable. Podía tragarlo la tierra, desaparecer, sin dejar rastros, un buen día, como ocurría diariamente con conocidos y desconocidos "indeseables" Pero, lejos de amilanarse ante el peligro, seguía su obra, en la prensa, en el café, en la tertulia íntima, en el Ateneo, en las bocacalles, en sus libros, en revistas extranjeras, en su correspondencia, en los mil medios y formas en que se manifiesta su espíritu rebelde y voluntarioso. No sabemos si la dictadura respetó, en cierto modo, su reputación mundial, su renombre de escritor, no pasando de hostilidades ineficaces para acallar a un combatiente como él. Tal vez en sus empeños desesperados para sostenerse en el poder, en la lucha que mantenía dentro de su propio círculo con la letal influencia del monarca y con las ambiciones de caudillos militares postergados, no tuvo tiempo para perseguirlo hasta anonadarlo. El hecho es que sus actividades se prolongaron a lo largo del silencio dictatorial, poniendo en la atonía del ambiente las resonancias de su gran corazón...

La caída del régimen no fué, por cierto, una sorpresa para su optimismo. En todo caso se hizo esperar demasiado. Años antes escuchamos de sus labios la profecía, como una realidad que se aproximaba velozmente, que no podía tardar en cuajar en la fatalidad de los hechos. Descartaba la caída de Primo de Rivera, la nueva traición del Rey, el desconcierto monárquico y el derrumbe final. Y así fué. Poeta al fin, y de los grandes, no podía serle extraño el don del vaticinio. Proclamada la República, el proscripto se sintió en lo suyo. Era como si regresara a su patria. Para él aquel triunfo, que era también suyo, era el triunfo del ideal en cuyos altares había hecho el sacrificio de su juventud y de su felicidad!

Unamuno habló una vez de la necesidad del descubrimiento, conquista y colonización de España por América. Blanco-Fombona ha sido uno de los nautas más atrevidos en las expediciones espirituales que reclamaba el pensador vasco. Descubridor de la vieja y gloriosa España de ayer en estudios históricos, revelador de la España de hoy en su copiosa obra de publicista, ha descendido del siglo XVI hasta el presente, cruzando un mar proceloso de mentiras y prejuicios, para arribar a la verdad que afirma su ferviente españolismo. Y en esa "su" España se abrió paso, pluma en mano, a veces en son de guerra, en evangélico apostolado casi siempre, arando en las almas, sembrando la buena semilla y recogiendo el oro de los corazones. Conquistador y colonizador, le toca ahora trocar la ficción en realidad y salir de la literatura para entrar en la vida con los atributos del mando. Y hé aquí a América en España, incorporada a su existencia, prolongándose en ella, trasplantada a su suelo y retoñando en su ambiente. Después de cuatro siglos se da el caso de que un hijo de las "Indias Occidentales" ocupe el solio de los gobernadores en plena España. Venezuela fué la primera tierra continental descubierta por Colón. De allí tenía que ser el primer mandatario criollo elevado al mando en la tierra de Isabel la Católica y Carlos V. Está así consumada la empresa que reclamaba el Rector salmantino. Rufino Blanco-Fombona, que es lo más americano que hay en América, por su íntima estructura espiritual y por las tradiciones de su linaje, está bien en lo suyo bajo el sol de fuego de Almería, entre palmares y gente morena, de sangre ardiente y alma apasionada... Es allí donde mejor podía darse esta total compenetración hispanoamericana, esta fusión del pasado en el presente, este retorno de los hijos al hogar de los abuelos, este abrazo fraternal sancionado en el Código Máximo, este americanismo que se hace español o este españolismo que se hace americano, tendiendo un puente sobre el tiempo y la distancia!

Ahora, sí, podemos hablar de hispanoamericanismo. La Magna España existe. Dentro de la democracia todo nos une y nada nos separa. La República reproduce el milagro de Ayacucho. Sobre los escombros de una dinastía extranjera la fraternidad de que blasonamos es en los hechos y no en el verbalismo de hipócrita oratoria. Una sola lengua da forma a un pensamiento común. Y en idéntico ideal de justicia se suman las aspiraciones sociales de los que son vástagos del mismo tronco secular. Un gallego o un andaluz o un aragonés no es más español que un mexicano o un paraguayo. Un Urdapilleta, en Zalla o en Asunción, es siempre eslabón de la misma cadena. Un González o un Benitez, aquí o allá, sabe a España y sabe a América. Si el Guadalquivir llevó al mar, con sus olas, la ambición y el ensueño de los conquistadores, el Orinoco y el Plata

devuelven al Océano en sus espumas jirones de alma que van a incorporarse al **Alma Mater** de que son destellos lejanos. O en prosa lisa y llana: una reconciliación fraternal ha restablecido, por fin, la unión familiar, gracias a la revolución triunfante, que es, a más de cien años, el triunfo de la causa que tuvo por caudillo a Bolívar y al Empecinado.

Y es así cómo Rufino Blanco-Fombona, ciudadano español sin dejar de ser venezolano, ostenta el título de gobernador de una provincia hispánica, en el alborear de un nuevo día para la raza pujante que es como una reserva de caballerosidad que resta al mundo en las horas de feroz plebeyismo que vivimos.

Juan E. O'Leary

¿Los Estados Unidos de la América Latina?

= De *Claridad*. Buenos Aires. =

El señor Villegas, jefe de la delegación chilena en Ginebra, ha producido un extenso comentario a la prensa europea al declarar que en el caso de constituírse una Federación, total o parcial, de los Estados de Europa, los de América Latina se verán obligados a formar también un block federal de propia defensa. El señor Villegas, con mente moderna aunque desde el punto de vista del capitalismo, ha afirmado su interesante declaración en razones económicas. Se ha referido especialmente al evento de un arreglo entre los países productores de carbón en Europa, que tienda a limitar la producción o a elevar los precios. Sólo Chile explota apreciablemente su carbón y la mayor parte de los países latinoamericanos, especialmente los de Sud América, dependen de la importación de ese combustible. Una consecuencia económica de los acuerdos europeos sobre la limitación de producción y de precios del carbón, sería—a juicio del delegado chileno—la formación de un frente único de los Estados latinoamericanos para defenderse.

Por venir de un país poderoso de la América Latina como Chile, y por estar aparentemente secundado por otro, más poderoso aún, el Brasil, la insinuación del señor Villegas ha producido alarma en Europa. Organos autorizados y atentos de la política internacional como el "Manchester Guardian", declaran que un movimiento hacia la federación económica de la América Latina debe ser muy seriamente considerado en Europa.

Con realismo evidente, la opinión europea estima que los países latinoamericanos aisladamente significan muy poco aún en el movimiento económico y político mundial. Unidos serán un factor de inmensa trascedencia Si la unión fuera total, Europa vería surgir una Nación de más de diez y nueve millones de kilómetros cuadrados, con más de cien millones de habitantes, dueña de riquezas inmensas y con capacidad para contener dentro de sus límites un número igual de pobladores al que hoy vive sobre la tierra habitada. Y aun cuando la unidad económica y política latinoamericana sólo abarcara a los 4 ó 5 grandes Estados sudamericanos de mayor importancia, la influencia de ese nuevo block de pueblos jóvenes sería mirada con respeto y, sin duda, con recelo.

Para los que militamos en las filas de los defensores de la idea de la Federación latino-americana, la declaración del delegado chileno impone un análisis. Quizás para muchos latinoamericanos, especialmente para los escépticos o despreocupados, ha de llevarles una sorpresa y muy grande. El proyecto de la unidad de nuestros pueblos es considerado por los que creen que la Historia es una dramática sucesión de episodios y no la expresión social de un hondo ritmo económico, como un "bello idealismo". Especialmente en los países más pequeños de América Latina o en los más aislados, el localismo es más agudo y la patriotería hostil y egoísta más primitivamente enconada. Los pocos que con "ojos para ver" avisoran la posibilidad del gran porvenir de la América Latina unida, son ridiculizados y cuando no, se les llama habladores y bolcheviques, se les aplaude piadosamente como abogados de causas imposibles. Empero en los pueblos más desarrollados económicamente, la idea de la unión latinoamericana surge, determinada por las enseñanzas de ese desarrollo. Las limitaciones nacionales aparecen artificiales y negativas cuando la homogeneidad de problemas económicos demuestra que las fronteras políticas—que tuvieron su razón histórica en la época feudal posterior a la independencia, — constituyen obstáculos para la productividad y la rentabilidad del trabajo bajo sus formas modernas.

Conviene, sin embargo, recordar que dentro de esta concepción política de la unidad latinoamericana se mueven dos corrientes que es imperativo no confundir. Usando términos modernos y de estricta exactitud a nuestra realidad económica, debemos aceptar los vocablos "imperialistas" y "antiimperialistas". El proyecto de federar en el caso de la América Latina puede ser imperialista, vale decir, un producto de la política económica de los Estados Unidos—como es el proyecto de federación europea,—o puede ser "antiimperialista" si la federación tiende a defender económicamente a las masas nacionales productoras de la dominación de aquella política económica.

En los Estados Unidos la política de dominación económica hacia la América Latina tiene dos tendencias. La más antigua, la más fácil, se afirma en el apotegma clásico: "divide et impera", mas los progresos de la economía moderna tienden a libertarla de todas las fórmulas clásicas. La forma contemporánea del "trust", en la economía capitalista, enseña que uniendo también se reina. Y así en la economía como en la política. Aminorando los rigores de la concurrencia que fundamentan el capitalismo pero también encierran los gérmenes de su destrucción, según lo descubre Marx en su aplicación hegeliana de la teoría de la "negación de la negación", el capitalismo moderno que abarca naciones y continentes, se desarrolla mejor en su organización internacional.

Así lo entienden los señores del imperio económico de los Estados Unidos. La Federación de Europa proyectada por M. Briand, no es sino un corolario del plan Young, que, prácticamente, convierte, a esta parte del mundo en una Federación colonial gobernada por el Banco Internacional. La insinuación del señor Villegas para una Federación Latinoamericana parece ser un proyecto de defensa económica de la América Latina frente a la unidad económica de Europa, pero bajo el contralor y la dirección de los Estados Unidos que, dialécticamente, necesita de la Federación europea desde el punto de vista económico, pero, que al mismo tiempo, entraña un peligro desde el punto de vista político, peligro que

hay que balancear estableciendo un equilibrio de continentes.

No es, pues, la idea federativa del señor Villegas una idea antiimperialista, aunque ella suscite recelos en ciertos sectores norteamericanos. El peligro económico europeo es secundario para la América Latina comparado con el peligro norteamericano. La Federación de nuestros países desde un punto de vista "antiimperialista", sería también una Federación Económica, pero no sobre la base de los gobiernos sometidos directa o indirectamente al contralor norteamericano.

De ahí que la joven generación latinoamericana partidaria de la unión de nuestros pueblos haya esperado de México una política dirigida hacia la formación de un block de defensa económica de América Latina que por la uniformidad de dirección pudiera fijar condiciones, no discrepantes, a la invasión necesaria del capital norteamericano en nuestros países. La política internacional de México se ha encaminado en ciertos momentos a asumir el papel histórico del país dirigente de esa política latinoamericanista. La iniciativa más eficaz que haya surgido de México en este sentido fué la de la ciudadanía continental. Pero cuando, por circunstancias desconocidas, se apagaron las calderas del barco de guerra mexicano que debía partir al Sur con una comisión del Senado para demandar la aprobación continental de ese proyecto admirable, se apagó en gran parte la esperanza de quienes estábamos seguros de la magnífica acogida que diecinueve pueblos habrían de prestar a esa embajada. Ella habría colocado a México en posición única ante América y ante el mundo.

Los que conocemos y amamos a México sabemos bien que ese país ha dado cuanto podía dar a América en medio de su gesta revolucionaria, de sus graves problemas internacionales y de su necesaria improvisación de hombres dirigentes, no todos con capacidad para ver "en grande" el porvenir económico de la América Latina Unida. Sabemos también que una etapa nueva ha de venir en México y que hombres de vasto pensamiento político han de encaminar una vez más su acción internacional hacia el objetivo de la Unión Latinoamericana que—no por motivos sentimentales sino por imperativos económicos—significa la única salvación de nuestros pueblos.

A pesar de los peligros que entraña por su filiación imperialista, la declaración de Chile tiene para los unionistas y antiimperialistas de América un lado aprovechable. Ella destruye de un solo golpe todas las objeciones de los miopes a la posibilidad de una unión latinoamericana. Cuando una idea se insinúa así, como la ha insinuado el señor Villegas, en una asamblea europea, está bien claro que la cuestión ha sido previamente estudiada. Los chilenos son en América Latina los que menos usan palabras vagas, puesto que son los que más lejos viven de los trópicos ebullidores de excesos. La declaración del señor Villegas es una admonición La América Latina puede unirse y va a unirse. O se une por la voluntad de los gobiernos más poderosos, de acuerdo con los Estados Unidos, o se une por la voluntad omnipotente de los pueblos con o sin la aprobación de los Estados Unidos. Cancelada la cuestión de Tacna y Arica, la más importante causa de hostilidades de América del Sur, los Estados meridionales de nuestro continente ven bien claro que no pueden avanzar más limitados por el aislamiento político. Un block sudamericano ha de ser corolario inmediato del arreglo de Tacna y Arica. Precísase ahora que los gobiernos más libres de la influencia norteamericana y más avanzados en ideología política asuman una actitud realista. La federación no es buena ni mala en sí. Es un instrumento político que puede ser, como todos los instrumentos, un medio de progreso o de retraso. Usando el léxico conveniente al problema de que tratamos, diremos que la Federación Latinoamericana puede ser arma de liberación o de opresión para nuestros pueblos.

Como la gran mayoría de los gobiernos latinoamericanos tienen muy fuertes vínculos de compromiso con los Estados Unidos, sólo gobiernos emanados del pueblo o nuevos gobiernos, podrán acometer la gran empresa. De no ser así, los Estados Unidos Latinoamericanos serán, como los dominios del Imperio Británico, entidades componentes de una federación colonial.

Haya de la Torre

Regüeldos

= De *El Sol*. Madrid =

Don Quijote, aquel hidalgo manchego que presumía, de seguro, de leer al Ariosto en su italiano—dicho sea no ya con respeto, sino hasta con adoración—, solía molerle a Sancho a enmendarle los vocablos, molienda de enmienda que al buen aldeano le escocía, y con razón. Y en una de ellas le dijo que no se debe decir "regüeldo", sino "eructo" Sin duda porque olería menos mal llegándonos el eructo por conducto del latín. Pero hete aquí que antes de que saliera al campo Don Quijote, un fraile franciscano, fray Juan de los Angeles, en sus "Consideraciones sobre el Cantar de los Cantares", había dicho que "el alma que ha bebido del vino adobado del espíritu regüelda como repleta y llena de espíritu, y huele a gloria de Dios". A gloria de Dios le olía el regüeldo místico, al que dijo en su "Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma" aquello de: "Yo para Dios y Dios para mí y no más mundo". ¡Estos místicos. . . !

Lo que sé es que cuando éste se echaba a echar afuera sus sentimentos—o los de otros—le salían, al escribirlos, con tal unto de entrañas las palabras, que al que las oye, al leerlas, se le pega el unto. Y hasta siente lástima grande de tanta belleza. Por aquello de Argensola. . . Pero basta, pues ¿quién nos va a quitar lo comido y lo bebido bajo el cielo azul?

Mi maestro y amigo Don Juan Valera, que a pesar de otros pesares, guardaba no poco de señorito andaluz, acostumbraba decir que Santa Teresa había escrito como una cocinera castellana. Puede ser; pero antes quiero oler a guiso de olla podrida castellana, que no a efluvios químicos de laboratorio de investigación. Verdad es que me gusta no sólo el cocido de garbanzos y chorizo, sino hasta el ajo crudo, y mucho. Y quede que Don Juan no era investigador químico de desinfectantes y que hasta majaba ajos en sus escritos, sobre todo en los epistolares.

¡Oler mal! ¡Sonar mal! Mi primer maestro de griego, Don Lázaro Bardón, un recio maragato—que por cierto formó parte, con Don Juan Valera y otros, bajo la presidenca de Don Marcelino, del Tribunal que me dió la cátedra de lengua griega—, dió en el Ateneo de Madrid unas conferencias al volver de la inauguración del Canal de Suez. Y hablando de las Pirámides, contó cómo había forzado a un felah a que le guiase por una galería. El público—no pueblo, ¡claro!—del Ateneo de entonces soltó el trapo al oírlo. Don Juan repitió la palabra y vuelta a la risa y a la tercera: "No es mi lengua; son vuestros oídos los que están sucios". Don Quijote le creyó a Sancho romadizado porque había olido los ajos de Dulcinea. ¡Anda por ahí cada señoritingo con suciedad culterana en los oídos!. . .

Y no es que se vaya, como solía el pobre Don Julio Cejador a tiro hecho a echarse a buscar palabrotas de esas que pasan por groseras—séanlo o no—y sin venir a cuento. La grosería estriba en otro estribo. Hay que saber sufrir las adversidades y flaquezas de nuestros prójimos.

A propósito de culteranismo, recuerdo cuando un mocito clásico me trajo un escrito en que decía de un poeta que, al sentir el estro, tomó el plectro, y entonó en la cítara una oda. Y le dije: "¿No es-

taría mejor traducirlo al romance y decir que al picarle el tábano (estro), cogió la púa (plectro) y se puso a rascar en la bandurria una canción? Bandurria y no guitarra (cítara), porque ésta se toca sin púa".

¡Traducir! ¡Romancear! Sí, ya sé que no todo es traducible, que hay cosas intraductibles a cualquier lenguaje humano. Y aquí me viene al caso, por un cierto íntimo y delgado encadenamiento de ideas y de sentimientos—quiero decir: de palabras—, un verso maravillosísimo del maravilloso soneto francés—un milagro—de Gerardo de Nerval, que este poeta suicida intituló "El desdichado", así, en castellano. El desdichado era el príncipe de Aquitania, el tenebroso, el viudo, el inconsolado, "el de la torre abolida". Y el aludido verso sigue diciendo: "J'ai revé dans la grotte oú nage la sirena..." En castellano: "He soñado en la gruta donde nada la sirena..." Verso que no se me despega del oído del corazón.

¡La sirena de la gruta! Cuando se sabe, por estudio, que las sirenas que tentaron a Ulises a perdición no fué con tentación de carne, sino como la serpiente del Paraíso terrenal a Adán y Eva, con tentación de saber, del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, aquellas a Ulises con contarle leyendas, hacerle soñar historias y esto a la luz abierta del Mediterráneo, se comprende lo que pudo haber sido el sueño del príncipe desdichado en la gruta en que nada la sirena, en "las profundas cavernas del sentido", que dice San Juan de la Cruz, el místico, el de los misterios o secretos cavernarios, uno de los más entrañables secretarios—místicos—del Verbo. Y en esas grutas, en que nadan sirenas, en esas profundas cavernas del sentido, se oye palabras puras, nada menos que palabras—más no puede ser—y se huele a regüeldos de gloria de Dios.

¡El misterio de la palabra! El misterio de la palabra es que por la palabra, por el verbo, es todo lo que es. "En el principio fué la palabra..., todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de lo hecho, y en ella estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres", que así empieza el cuarto Evangelio. Y si Fausto quiso corregirlo, ¿qué fué Fausto sino palabra? Cuando se hace algo no queda el hecho sino la hacedora, la palabra. Que la palabra fué al principio y la palabra será al fin. ¡Dejar un nombre! Es todo lo vivo que hay que dejar, un nombre que viva eternamente. Lo demás, son huesos. Y un nombre no es aire que suena, es soplo, espíritu, con vida y con luz. Y vive en Dios.

¡A dónde nos ha venido a traer el regüeldo, soplo de comida y bebida! ¿Y que a qué viene todo esto, amigo mío? Pues viene a que andan por ahí señoritos repulgados y remilgados que, por no poder aguantar olor de regüeldos que huelen a gloria de Dios y a pueblo aldeano, a chotuno, se nos vienen con mandangas, o, como se dice por aquí, con canguingos en mojo de gato, más o menos renacentistas. Y andan queriendo enmendarle la plana a Sancho, aunque éste, Sancho, no sabe escribir ni siquiera palotes, pues no entiende de letra el pobre analfabeto. Y en cuanto a dictar.., ¡ojo con la dictadura! Porque es lo más triste que seamos los letrados los que tengamos que servirle de secretarios. Y al decir letrados, no quiero decir concretamente abogados o procuradores, que esto es peor. Porque cuando los abogados y procuradores en Cortes se ponen a redactarle, y no a su dictado, por ejemplo, una Constitución...

Pero, ¡alto!, no sea que nos despeñemos

Miguel de Unamuno

Nuestra Colombia

= De *El Tiempo*. Bogotá =

Colombia ha aceptado entregar su conflicto a la Sociedad de las Naciones, y siendo ella la agredida, según la opinión más esclarecida del Continente, la resolución toma un carácter moral de primer orden y obliga no poco a nuestros países a considerarlo y sobreestimarlo.

La lealtad, virtud pagana que el cristianismo adoptó, virtud racional, común a cualquier pueblo sensato, a pesar de su apariencia de cualidad corriente, ralea en la conducta individual, y no digamos en la colectiva. Como calvea la decencia, como calvea la equidad, en nuestros pobres tiempos de lacerías

El acto de Colombia se trae el contenido de una lealtad doble; lealtad al pacto firmado con la Sociedad de las Naciones y lealtad al Continente entero, que con una espectativa angustiosa, pedía y esperaba esto, que Colombia, la fiel, le ha otorgado.

La adhesión a la Sociedad de las Naciones va resultando una cosa formal y no entrañable, un paso de mera cortesía hacia las potencias que allí están y con las cuales se quiere quedar bien y lucir como camarada. Y como así tan ligera y neciamente, se toma el compromiso contraído con ella, cuando vienen los conflictos gruesos, los choques reales, los países que firmaron con tal banalidad, se ponen a eludir su obligación y se sacuden de un tirón la autoridad aceptada.

El espectáculo es desmoralizador hasta no sé dónde, y lo dan por iguales naciones grandes y chicas, con una veleidad de niños engreídos y versátiles, cuando no de matones que no creen sino en su puño cerrado.

La América nuestra, en sus puntos críticos, que son los menos cultos o los menos organizados, suele presentarse en Ginebra con esa doble estampa de niño veleidoso o de matón que hace su gana.

Digamos lo que digamos, desde Europa nos ven en bloque, en partes altas o bajas de una misma masa étnica. Con lo cual, la torpeza o la necesidad, o el abuso de uno de nuestros países, cualquiera que sea, a todos les estropea el crédito y les cuartea la reputación.

Por tratarse, pues, de nuestra honra común, la decisión colombiana de acudir a Ginebra y de acatar a Ginebra, en su trance de armas, nos hace a los del Sur deudores de ella y muy obligados hacia ella.

Es una actitud la suya de pueblo adulto que no repite por imitación como un niño repite un ritmo, las palabras de "derecho y de tribunal internacional". (La esencia de la adultez parece que sea el puro concepto de responsabildad, de que el niño carece).

Hay además, en la aceptación colombiana del arbitraje, algo que ya no es sólo adulto sino prócer: el sentido de lugar y de circunstancia y de calidad, respecto de la Asamblea de la que forma parte. Colombia está en Ginebra, mantiene allí un sitio de preferencia que le han ganado de una parte su condición de gran país y de otra la calidad de sus representantes, y Colombia se ve allí rodeada de las primeras cabezas políticas del mundo y convive de convivencia superior con una especie de Senado del mundo.

Colombia, ha obrado según el Evangelio de lo de tener ojos y ver, oídos y escuchar. Obra en consecuencia, con una racionalidad cabal.

Una inmensa sensación de alivio hemos sentido siguiendo la línea de su conducta todos los que celamos el destino de nuestros pueblos y, desde lugar modesto o destacado, procuramos servir el crédito del Continente. Su voluntad de suspender la acción beligerante para entrar en el clima humano del derecho, su resolución patricia, de patricidad verdadera, de devolver al derecho, una cues-

ción que es de derecho, nos ha hecho recuperar de un golpe la fe en nosotros mismos, en nuestra capacidad jurídica.

Colombia ha hablado, por sí, pero además, por los sectores profundos de nuestros veintiún pueblos legisladores, publicistas y educadores de la América Latina, se han sentido expresados, manifestados,—y aliviados—en el documento colombiano de Ginebra.

No es nada frecuente esta asimilación de los intelectuales nuestros, tan divididos y anarquizados a la conducta de un país. Esta uniformación de la consecuencia, a lo largo de un continente y de la parte más desinteresada y más lucida de nuestras gentes, es un espectáculo espiritual de primer orden, y en los feos tiempos que corren, casi una Navidad, es decir, un nacimiento de norma.

Quienes conocemos a Colombia, con o sin vida en ella, quienes le hemos hurgado un poco el cuerpo y el alma de las pruebas, sabíamos que respondería en seguida, o más tarde, dentro de este módulo de dignidad pacífica y de energía sin brutalidad. No en vano se hace en un país de la inteligencia una especie de religión laica, y no en vano se satura de cristianismo la conducta colectiva.

La nación humanista y cristiana a su vez, ha decidido como tenía que decir, y ha hablado con el acento cargado de nobleza que le conocemos desde siempre en la vida de adentro y de afuera.

En un artículo de la revista cubana "Carteles" yo contaba a una amiga la sensación de página clásica, de debate y debatiente antiguo (de latino eterno) que me daba a mí la defensa de Colombia en Ginebra por la delegación presidida por don Eduardo Santos: hombre es éste de humanidades francesas y colombianas, es decir, greco-romanas.

León Daudet diría: "Para todo sirve el clasicismo y para la política grande en primer lugar".

Gabriela Mistral

Dos páginas características de Pablo Palacio

= Sacadas de *Vida del ahorcado*, novela subjetiva. Quito, Ecuador. =

LA REBELION DEL BOSQUE

Aquí estoy colgado en el bosque, en uno de estos hermosos bosques de la ciudad, cercados, amurallados y enrejados como las cárceles. Mano geométrica del hombre, que tantas cosas buenas hace, con líneas tan bonitas y tan bien medidas. Hemos dicho aquí: hágase el verde, y el verde ha sido hecho y hemos trazado una línea para el verde; entonces hemos puesto el dedo en medio de lo creado y levantándolo bruscamente hemos dejado allí un árbol barbudo, lleno de hongos y de parásitos blanquecinos como escaras lavadas. Y más acá hemos hecho otro garabato, y más allá hemos puesto otro garabato.

Hombre, amor, geometría, árbol, garabato.

Hace frío, aquí colgado.

Corta el aire, aquí colgado.

Aquí estoy a la sombra, enrejado dentro de la ciudad como mono de circo. Aquí la línea, más allá la línea; sólo pudiera poner el pie dentro de esta veredita.

—A tierra! Tenderse!

Echate, ciudadano; échate de bruces, como has oído solían hacerlo los hombres de guerra bajo el vuelo de las granadas. Que nadie te vea ni te oiga, pues me ha parecido escuchar en este momento que comienzan a levantarse las voces del bosque.

Silencio.

Ya viene creciendo una voz desde el murmullo.

Coro de los altos pinos: Ay—patalean los altos pinos—, aquí nos tenéis de pie año tras año, hambrientos, octogenarios e inútiles, destinados a morir en este pobre jardinillo, cuando bien pudiéramos servir con ventaja en el transporte de mercaderías y en mil industrias útiles al progreso del siglo. Protestamos en nombre de la libertad!

La grama a los escarabajos: ¿Lo han oído? Esto es un jardinillo, no un barranco.

Coro de los cipreses recortados: Protestamos contra todas las mutilaciones y los prejuicios. El hombre nos echa encima su tristeza todos los días. Nosotros somos un palo alegre y nos gusta el fandango.

Las muchachas a sus novios: Ay, el tango!

Coro de los cedros leprosos: Nosotros no somos monas pintadas de garconniere ni fetiches de degenerados. Nosotros hemos hecho el Gran Templo de Salomón y otros templos. Este no es nuestro sitio: rebelémonos!

Los pinos: Eso, eso; podemos servir para el transporte de velas.

Coro de las musansetas estériles: En vela estamos mucho tiempo há en espera del hijo, ¿y contra quién hemos de rebelarnos?

Las mujeres a sus amantes: El hijo ha dicho! Levántense y vayan a buscarnos unas comadronas.

Coro de las magnolias mamoides: ¿Eh? ¿Que contra quien? Pues, contra el hombre. Nos tiene bajo su dominio y para su servicio. Se ha levantado con el estanco de nuestra libertad. Rebelémonos!

Coro de los cerezos relamidos: ¿Contra el hombre? Propongo la revolución a sangre y fuego. Que no haya perdón para uno solo. Todos son mojigatos y felones. A sangre y fuego!

Los cipreses enanos: No tenemos armas, señores. Nos encontramos desgraciadamente desprevenidos.

Las palmeras: Que callen, que callen los cobardes. Viva la revolución a sangre y fuego! Abajo el hombre!

El bosque: Abajo!

Los pinos: Señores, un momento. Un momento, señores. ¿No es verdad que estáis desvirtuando el verdadero sentido del movimiento? Esta no es, no debe ser una revolución contra el hombre (murmullos del bosque); esta es una revolución contra el árbol! (parálisis del bosque). ¿Qué sacaríamos, en efecto, de destruir al hombre, si no por eso vamos a destruir nuestra condición de esclavos? Es preciso visar y revisar los concepto a fin de no caer en conclusiones equivocadas. ¿En dónde está la raíz del mal? ¿Por qué estamos aquí? Estamos aquí en calidad de árboles. Destruid esta calidad y habréis renovado vuestra condición de seres libres. Nuestro tirano es el árbol. Duro con él, compañeros. Yo sirvo para el transporte económico de mercaderías. Abajo el árbol!

Coro de los parásitos: No es verdad eso, compañeros: os están engañando miserablemente. Es el hombre vuestro enemigo. No les prestéis oído. No les prestéis oído! Abajo el hombre!

Los pinos: No tienen derecho para hablar los camaradas parásitos. Su palabra es sospechosa. Tomadlo bien en cuenta y aplastad a los sinvergüenzas!

Las palmeras: Eso! Estos caballeros hablaron la verdad. Su concepción es profunda y llena de seso. Ya lo vemos claro! Oídlo bien: el árbol es nuestro único enemigo. A quien debemos hacer la revolución a sangre y fuego, es al árbol. Lo demás, pamplinas. Acompañadnos, camaradas: Abajo el árbol!

Los pinos, dueños de la situación: Abajo la tiranía! Abajo el árbol!

El bosque: Abajoo!

El viento se retuerce entre los árboles. Todo el bosque eriza sus garrotes musgosos.

La grama, a una margarita ocasional y descarriada: Agáchate! Escóndete aquí! Espera que la tormenta pase. Los elementos están locos.

¡YA ESTA AQUI MI HIJO!...

¡Ya está aquí mi hijo! ¡Ya está aquí mi hijo!

¡Gentes de este lado del mundo, sabed que me ha nacido un hijo! Ay, pobre Ana, tú no sabes que hemos tenido un hijo.

Ven acá cosilla mía, cosilla mía gelatinosa y amoratada; ven acá, entre mis manos.

Alárgate, ínflate, crece como el viento en un solo instante. Vé a gritar la verdad en la oreja misma de los hombres, con el mugido de los toros embravecidos: esta verdad encerrada en ti. Vé a

ensordecerlos, a encogerlos, a asombrarlos.

Ay, cosilla gelatinosa, no llores, no grites; pareces así un juguete de goma.

Voy a instruirte por un momento en las cosas de acá. En silencio, en voz baja. Que no nos oigan, calla!

Mira cosilla, aquí, bajo todos nosotros, está la Tierra, la única cosa que verdaderamente está. La Tierra es una gran pelota que tiene encima todos los cachivaches que mañana van a apasionarte y también es una bomba diminuta que continuamente está viajando en la nada. La nada es algo inmenso... no. La nada es nada que nunca termina... no. No puedes entender lo que es la nada! No hay uno que la entienda. Ni falta hace.

Pero mira: sobre esa bombilla transeúnte vivimos momentáneamente millones y millones de seres movedizos y tenebrosos. Seres y pelotita toman el nombre de creación. El hombre es el rey de la creación.

Ser es lo que come, odia y ama. Millón es un invento de lo que come. Rey es lo que más come y más odia y más ama.

El rey no puede vivir solo; necesita para sustentarse de otros reyes. Y cantidades de estos reyes han pintado sobre la pelota de la tierra figuritas arbitrarias dentro de las cuales se agitan, se revuelcan y gozan como en lo suyo. Los que han nacido dentro de una figurita no son de igual calidad que los que nacieron en otra, porque cada cual tiene sus ataduras. Según en donde, se llaman rusos, polacos, alemanes, suecos. Los unos tienen atado el hocico, los otros las garras, los otros la cola.

Si el rey de hocico atado pone la mano sobre el rey de cola atada, todos sus congéneres se levantan y destrozan los unos a los otros.

¡Oh, mira cómo se ha hecho de improviso la noche!

Los hombres, para ser verdaderos reyes, necesitan hacerse fuertes con fusiles y bayonetas. Aquellos que continuamente están hechos fuertes toman el nombre de soldados.

Una vez los soldados marcharon para el Oriente, enmedio de la selva. Y marcharon hasta encontrarse con un límite en donde había otros soldados de diversa atadura. Entonces los primeros saludaron a los segundos, que eran más numerosos, y en secreto se dijeron:

"El enemigo tiene galletas y nosotros no tenemos galletas".

Y después de meditarlo torvamente, se dirigieron de nuevo la palabra:

"¡Hay que quitárselas!"

Luego se echaron a tierra y se acercaron silenciosamente como gusanos. Y cuando estuvieron los otros a su alcance dispararon a una sus fusiles y aprovechando del desorden se trajeron enseguida las galletas.

Pero transcurrido cierto tiempo, los soldados enemigos tomaron cuenta de la pérdida y reaccionaron:

"¡Debemos rescatar las galletas!"

Regresaron, avanzando sobre sus barrigas.

De nuevo al alcance, rompieron fuego y gloriosamente obtuvieron el rescate.

Y aquí se echaron las cuentas: los primeros estaban en número de noventa y habían muerto sesenta. Morir es dejar de comer, de odiar y de amar. Un combate en el que se produce el treinta por ciento de bajas se llama ya un combate heroico y los que mueren en un combate así toman el nombre de héroes.

Entonces los congéneres de los soldados muertos enaltecieron su memoria y les llamaron patriotas heroicos. Patria es tierra con reyes.

Tú, cosilla mía, llegarás a ser un patriota heroico, ¡o por lo menos un patriota! Escucha, escucha: esto es lo fundamental. Serás un comerciante patriota, un juez patriota, un ladrón patriota, un artista patriota.

Tienes que odiar todas las demás ataduras.

Y esto es nada: aguarda...

¿Pero qué es eso? No entiendes una sola palabra, no has podido escucharme una sola. Lo único que sabes es llorar y gritar con esa angustia de animalucho abandonado. ¡Para qué voy a decirte otras cosas de acá, hijo mío!

Mas está bien así. Como nada entiendes, sólo pareces una cosa.

Je, je.

Ven acá entre mis manos, que voy a concederte una gracia. Más estrecho, más estrecho aún...

—Andrés...

—Andrés...

—¿Qué haces, Andrés?...

—¿Eh? Yo... Yo... ¿Eh?

¡Pero mirad, mirad gentes, como se ha hecho bruscamente el día!

Pablo Palacio

Con el autor. — Guayaquil, 74. Quito, Ecuador.

Pirandello y Bontempelli en Buenos Aires

El P. E. N. Club les ofreció una comida

= De *La Nación*. Buenos Aires =

La comida mensual que realiza el P. E. N. Club se llevó a efecto ayer en el Plaza Hotel, siendo huéspedes de honor Luigi Pirandello y Massimo Bontempelli a quienes fué dedicada (1). Asistieron al acto representantes de la embajada italiana, el embajador argentino en Roma, un grupo muy numeroso de escritores y artistas y personalidades de la colectividad italiana, especialmente invitadas. A los postres, el presidente del club, don Juan Pablo Echagüe, dió en breves palabras la bienvenida a los huéspedes y cedió la palabra a don Alberto Gerchunoff para ofrecer la demostración.

En seguida habló el señor Gerchunoff, y brindó la fiesta en estos términos:

En nombre de la gente de letras que forma este club, saludo a Luigi Pirandello y a Massimo Bontempelli. A estas palabras podría limitarse, en realidad, la misión que me fué confiada, ya que no nos hallamos aquí en el recinto de una academia ni os congregáis en torno de una tribuna de disertaciones. Pero, si esa sucinta bienvenida expresaría suficientemente lo que sentimos al recibiros y al acogeros en el seno de una entidad de frecuentación cosmopolita, carecería, en cambio, de la versión verbal, del testimonio explícito de lo que significáis para nosotros como visitantes del país. No vinísteis para encontraros en Buenos Aires con un grupo de trabajadores literarios, semejante en sus diferencias y en su analogía genérica a todos los grupos literarios del mundo; vinísteis para poneros en contacto con la vida plural del país mismo, que es distinto, que es un individuo unánime, y descubrir en su profundidad asequible de alma lo que más mueve la curiosidad del hombre nuevo y que se manifiesta en el ansia de lo universal. Pocos representan en lengua italiana, como Pirandello y como Bontempelli, ese anhelo casi doloroso de simultaneidad, que revela hasta qué punto se ha vuelto la criatura humana espectadora del universo. Los esfuerzos de introspección que realizan los pueblos para ahondar los rasgos de su modalidad, para defenderse de los contagios psicológicos, para mantenerse dentro de una definición perdurable, denuncian precisamente el fin de la etapa histórica de la conquista, que es siempre una extensión de aislamiento, y el comienzo de la edad histórica de la comprensión, esto es, de la convivencia mental. Y mientras cada comunidad, cada fragmento racial de la tierra, exhibe el afán de diseñar con su propia sangre las líneas de su fisonomía y afirma su fuerza en el ensayo o en la destrucción de métodos y de sistemas, la humanidad reconoce su coherencia íntima en la expresión diversa del espíritu. Por esto no nos invade el temor sombrío de Berdiaeff de que retornamos a una edad media, pues sabemos que ya no es posible la reproducción de esa ruptura trágica entre unas y otras porciones del globo habitado, esas interferencias de oscuridad en que los núcleos informes vivían como en el fondo de un pozo. Mas, así como en ese largo declive de la historia la humanidad se salvó por la fecunda cohesión de la fe, nuestro tiempo nos ofrece, sin el peligro utópico de la disociación, la unidad de la inteligencia. Y a través de la inteligencia, de la coordinación de la sensibilidad, nos universalizamos, aun en los aparentes impulsos de rechazo. Esa ansiedad la sentimos particularmen-

(1) Nos dice *P. H. U.*, al envtarnos este recorte: «Las palabras de Gerchunoff son particularmente interesantes, porque uno de los saludados era Bontempelli, representante del fascismo; Gerchunoff, sin atacar nada, proclamó los ideales altos que anulan automáticamente las tendencias bajas.»

te los argentinos. Somos una nación nutrida por corrientes de viajeros que han puesto en nuestro corazón la nostalgia y el amor de los lugares de su origen. Sangres e ideas se amasaron en nuestro cuerpo, y cuando alguien viene de lejos, le salimos al encuentro para oír en su voz la gran voz de las patrias, de las razas. Sin embargo, Luigi Pirandello y Massimo Bontempelli no necesitaron hablar para mostrarnos lo que nos traen, para darnos el tesoro que llevan en sí. Nos eran familiares y se habían asociado ya a nuestra manera de pensar con sus dramas, con sus libros, con su posición personal ante los enigmas que surgen en el proceso prodigioso a que asistimos. Nos han probado que en esa batalla confusa, en esa cosecha de dolor que es nuestro período, el escritor y el pensador continúan su tarea de iluminación al llevar hacia la superficie lo que trabaja su intimidad. Y ese trabajo silencioso es la repercusión de lo que se agita en las latitudes distantes que convergen en la única latitud del espíritu. ¿No cabe preguntar qué volumen desplazamos en esa vasta dimensión? El sufrimiento de las viejas poblaciones se repite entre nosotros con idéntica magnitud. Los problemas que torturan a las familias europeas son también nuestros problemas. Y si esta noche, maestro Pirandello, si esta noche, amigo Bontempelli, de comunicación cordial, os ayuda a comprender lo que somos, veréis que en nuestro idioma se reflejan la amargura y la esperanza que dan a vuestra obra la proyección mundial de una providencia del pensamiento. Deseo, Luigi Pirandello y Massimo Bontempelli, que el pan de esta mesa deje en vuestro recuerdo un amable sabor de fraternidad.

Al levantarse Luigi Pirandello para contestar el discurso de ofrecimiento, fué acogido con una larga ovación. El ilustre escritor comenzó diciendo que entre hombres de letras, podía confesar que se hallaba en un momento especial de fatiga, que sus colegas conocen, pues desde hacía días se dedicaba a preparar el estreno de una obra que quiso ofrecer al público y a la crítica de Buenos Aires como una primicia, antes de darla en Roma. Por otra parte, se encontraba en un centro en que la cordialidad fraternal excluía la necesidad de un discurso para manifestar su gratitud al P. E. N. Club y al que le había ofrecido en su nombre su hospitalidad.

Después habló Massimo Bontempelli, quien, acallados los aplausos, empezó por asegurar que carecía de aptitud para improvisar un discurso, pues tiene el hábito de escribir sus conferencias. Con este motivo refirió ingeniosamente diversas anécdotas de Puccini y de Bernard Shaw para revelarlos bajo su aspecto de enemigos de la oratoria y explicar sus recursos para eludir la improvisación.

(Envío de *P. H. U.*)

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y las Casas extranjeras).

La historia de Tomás Jones, el Expósito, del clásico inglés Henri Fielding, ha tenido la acogida que merece en la renombrada «Colección Universal», de Espasa-Calpe, S. A. Madrid. En 4 tomos. La traducción del inglés la ha hecho G Sans Huelin.

═══

El portorriqueño José A. Balseiro ha sacado por la editorial Macmillan Co. de Nueva York la obra de estudios de crítica literaria ***Novelistas españoles modernos***. En «The Macmillian Hispanic Series». New York. 1933. Estudia a Pereda, Valera, Alarcón, Pérez Galdós, Palacio Valdés, Coloma, Picón y la Pardo Bazán.

═══

Hemos recibido de los autores: ***Códices Mayas***. Dresdensis. Peresianus. Tro-Cortesianus. Reproducidos y desarrollados por J. Antonio Villacorta C. y Carlos A. Villacorta. Guatemala, C. A. 1933.

Con J. Antonio Villacorta C.: 17 C. P. N.º 26. Guatemala, R. de Guatemala.

═══

El «Instituto de las Españas», en Nueva York, prosigue con sus interesantes ediciones. Hemos recibido en estos días:

Florencio Sánchez and the Argentine Theatre, by Ruth Richardson.
Venezuela Prose Fiction, by Dillwyn F. Ratcliff.

═══

Del Dr. Antonio S. de Bustamante y Montoro hemos recibido esta conferencia:

La ideología autonomista. La Habana, 1933.

Por Espasa Calpe, S. A., Madrid, que los acaba de editar, nos llega:

Juan Marinello: ***Poética, ensayos en entusiasmo***.

═══

Señalamos:

Viriato Días-Pérez: "***Las Comunidades peninsulares" en su relación con los levantamientos "Comuneros" americanos y en especial con la "Revolución Comunera del Paraguay"***. Asunción. 1930.

═══

Donación de la Secretaría de Educación Pública, México, D. F.:

Las Misiones Culturales. 1932-1933. México, 1933.

═══

Atención de los autores:

Eugenio Orrego Vicuña: ***Los Problemas de la Unificación Americana***. Prensas de la Universidad de Chile, 1933.

Juan Antonio Solari (Ituzaingó 608. Buenos Aires): ***De ayer a mañana***. Afirmación democrática. Buenos Aires, 1933.

Santiago Key-Ayala: ***Series Hemero-Bibliográficas***. Primera serie bolivariana. Caracas, 1933

Uno, dos, tres, poemas. Por Alejandro Manco-Campos. Barranco, 1933. Perú.
Con el autor: Lima. Huaquilla 1128-altos. "Liceo Tacna".

Anatole France, por Luis Reissig. Ironía, escepticismo, ensueño, voluptuosidad, Mme. de Caillavet.—Colegio Libre de Estudios Superiores. Buenos Aires, 1933.

G. Lucio: ***Cuentos infantiles***. Ilustraciones por J. de la Fuente. Jalapa, Ver. México, 1933.
Con el autor: Gabriel Lucio. Aptdo. No. 96 Jalapa, Ver.

Tiko. Memorias de un perro letrado. Por Consuelo Pani. Prólogo de Elena Vacarescu y palabras finales de Alfonso Reyes y Francisco Monterde. Editorial CULTURA. México, 1933.
Con la autora: Explanada 1025. Lomas de Chapultepec. México, D. F.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones próximas.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ₡ 2-00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Representante en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Hombres, libros y cosas

«La vida del ahorcado»

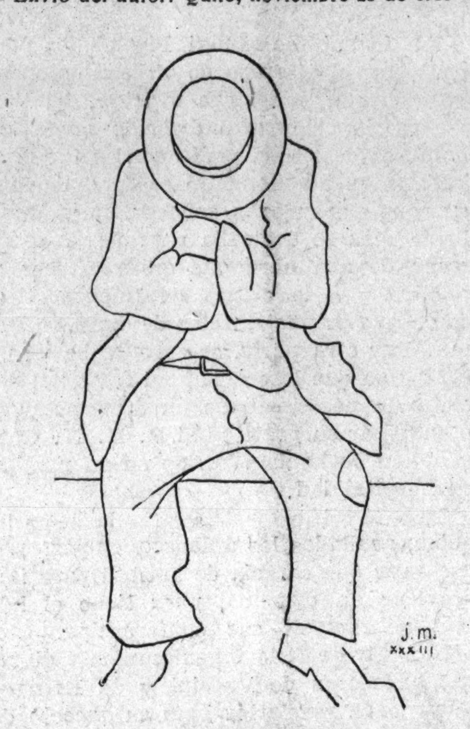
= *Envío del autor.* Quito, noviembre 28 de 1933 =

Los cuentistas costeños ecuatorianos tienen una leit motif, perceptible a la más simple vista. Han hecho del realismo una exageración de lo "feo", un "feísmo", de donde resulta una literatura un tanto premeditada y con plan fijo. La vida se presenta como una sucesión de hechos semi-delictuosos y rapaces. Hay que recordar que "si lo feo es bello, lo bello es más bello" como decía, si mal no recuerdo, Theo Gautier, refiriéndose al naturalismo. Leyendo atentamente "Los que se van" de Gilbert, Gallegos Lara y Aguilera Malta, o "Repisas y Horno" de José de la Cuadra, o el inédito "Muelle" de Alfredo Pareja—por cierto una de las mejores novelas americanas, como lo será sin duda la inédita que acaba de terminar Aguilera Malta en Panamá—se llega a una fórmula casi infalible de aquellos relatos: el montuvio aparece en un ambiente de mera lujuria, de estupro y violación, de hurto y de rijosidad; y como si viviera sólo entre dura explotación y protesta incesante. Pero, ¿cómo esa protesta no se plasma en actos?... O ¿es que la literatura está sirviendo para un fin que no es el suyo, sin que en esto asome, ni por sospecha, un ápice de "arte por el arte", con lo cual no comulgo?

Por otra parte, distinto sector de la literatura nueva ecuatoriana se enfila por diversos caminos. Es curioso observar cómo poetas un tanto evasivos, son casi hombres de acción, preocupados por el imperativo de lo que hay que **hacer,** y cómo surge otro tipo de cuentista que sin apartarse del realismo lo reviste, sin embargo, de cierta nébula irreal; que lo incorpora al birrealismo contemporáneo, en el que a ratos asoma la fantasía de un Poe, mezclada a la crudeza de un Zola, o mejor aun, ese ambidextrismo de Joyce, resultante de zahumerio célico y de letrinaje terreno.

Y, sin tiempo ni espacio, ahora, hoy mejor dicho, para detenerme más en estas simples observaciones de turista, remarco en tal sector a Pablo Palacio, cuyo último libro—"La vida del ahorcado",—sobriamente impreso, acaba de llegar a mis manos.

Me parece ver en Palacio uno de los escritores de más porvenir en el Ecuador, y uno de los buenos relatistas americanos Cierto es que en su "Un hombre muerto a puntapiés" (1927) surge un tipo de realismo, todavía en la etapa naturalista. Pero, es bueno resaltar dos características netas ya en Palacio: su ironía y su humor macabro. Son tipos reales los suyos, sí, pero tipos reales porque los hay en la realidad, sin ser vulgares. "Un antropófago" es caso policial, mas no frecuente. Recuerda a veces, ciñéndonos a América, a ese estilo áspero y agrio del hispano-cubano—criminal de ocasión, hoy libertado y sin artistas, por desventura—Carlos Montenegro en "El renuevo". Pero en Palacio, lo truculento se reviste de ironía. Parece como que dijera: "esto es demasiado fuerte para que ustedes lo crean, y se les permite sonreír un poco, aunque vamos, después de todo es la verdad". Un poco de afán de "épater les burgeois" ha presidido aquel libro de Palacio, pero ya no tanto, "Débora", a fiarme de mis recuerdos, pues leí ésta hace años y en Lima.



En la pulpería

Por *J. M. Sánchez*

Mas, ahora surge "La vida del ahorcado"—de la que había anticipado algunos capítulos en "Elan"—y se ve en Palacio un escritor perfilado y que domina su manera. No hay tanteo, ni es la ironía ocasional, sino que ya constituye un módulo. ¿Humorismo? Tal vez no. Habría que discriminar el contenido de la ironía indígena, del sarcasmo serrano, de la chistosidad punzante del interiorano. Al menos, en el Perú, una de las características más curiosas de la literatura indígena, quechua, es la mezcla del lirismo eglógico—espíritu "franciscano", lo llamará Valcárcel: "ruralismo", lo denominarán los D'Harcourt—con una sátira punzante, plasmada en un hecho indudable: la fábula sólo ha sido cultivada por los indios. Pues, en "La vida del ahorcado", el disparate se roza con lo trascendental y la polémica con la ironía. No llega a sinfonizar algo básico, pero sí, a trasgredir las reglas de tráfico que impone la Academia de Buenos Modales de las literaturas arielescas de América, aunque se enfade por ello Alfonso Reyes, quien distante de "Ariel", lo defiende, sin embargo por un resto de fidelidad cronológica que nada tiene que ver con su personalidad literaria. Palacio se — ¿cómo decirlo en castellano sin ofender a nadie?—**S'enfiche** en el público y en los graves magisters. Su "Junio 25", "Sus románticas" su "Rebelión del bosque", su "Canto a la Esperanza", denuncian a un lírico, a quien la desconfianza en el lirismo obliga a volverse irónico. Una fantasía trabada por el realismo. Un lírico amordazado, es decir, la imaginación obligada a andar a rastras, de mal humor, pero luego, resignada, sonriendo con acritud. El ahorcado del libro es el lirismo de Palacio. Pero bien está. Así nos da esta colección de páginas ácidas, zumbonas, elegiacas de cuando en cuando; y un acento suyo, propio, que es toda una anunciación y, más aún, una confirmación. Realismo sin programa previo, se basta a sí mismo. Ahí está Ecuador, pero sin topografía. Puede ser también no Ecuador. Obra ecuatoriana porque el humor, el ambiente, las citas de cuando en cuando son de sierra ecuatoriano-peruana. Las obras auténticas en Nuestra América trascienden a los demás países, delatando que somos un solo espíritu aunque nos falte un cuerpo. Y en Palacio se siente una realidad que es suya, pero que también es mía, es nuestra. Lo malo es que estas ediciones de trescientos ejemplares no violan el inédito y seguimos ignorándonos, perdurablemente.

Luis Alberto Sánchez

Imprenta «LA TRIBUNA»